

cil, en la que, sin embargo, se advierten todas las constantes del trabajo instrumental de su autor. La inspiración rusa es evidente ya desde el título, y está presente en las sucesivas elaboraciones del tema básico que recorren la obra, la cual se interpreta sin solución de continuidad. La parte pianística es de gran limpieza, y paga un notorio tributo a los grandes maestros del romanticismo; el "Concierto...", en general, resulta agradable y entretenido —virtudes a no menospreciar, sobre todo por quienes tienen sobrecargado el panorama de audiciones—, y sirve para caracterizar el lugar que corresponde a Rimsky-Korsakoff como autor de composiciones instrumentales en el contexto de los músicos rusos de su época: no destaca por encima de ninguno de ellos en campos concretos, pero mantiene un nivel general muy aceptable en todos. A los citados méritos hay que añadir los derivados de la interpretación realizada por el valenciano Fernando Puchol, catedrático del Conservatorio de Madrid. No hablamos de sus virtudes técnicas, avaladas por el puesto que ocupa; sí de su excelente calidad de sonido, y de la claridad con que supo exponer la obra dentro de sus coordenadas históricas y estéticas; con la virtud adicional, propia de los auténticos concertistas, de saber arrastrar tras de sí a la orquesta, hasta conseguir una interpretación de categoría.

La "Sinfonía..." de Borodin, no siendo muy frecuente, resulta algo más conocida. La versión escuchada esta vez —primera para la Orquesta de la RTVE—, fue suficientemente apta para dar la medida de esta enfáticamente llamada "Heroica rusa", que, pese a comenzar con prosopopeya y descansar en un movimiento lento, al que subliman una elaboración minuciosa y una atractiva melodía que se muestra elusivamente, no merece títulos tan elevados: se trata, en realidad, de una composición folclorizante de ciertos tonos épicos que resulta perfectamente fungible —y confundible— con muchas otras de su género.

Respecto a las otras dos obras, poco se puede decir que no esté dicho. Señalemos, si acaso, que "El amor brujo" se ofreció como debe ser, es decir, con canciones —bien interpretadas por Rosario Gómez—. Y sólo resta indicar que el maestro Jordá dirigió la Orquesta con el entusiasmo y la entrega que le caracte-

terizan, y que se hicieron proverbiales en sus tiempos de la Sinfónica. ■ JOSE RAMON RUBIO.

## Marazuela, el último juglar castellano

Con fecha 26 de abril de 1975 publicaba TRIUNFO su número 656, con un trabajo de José Aumente que preguntaba en el título: "¿Estamos preparados para el cambio?". La respuesta de la Administración a esta sencilla pregunta fue negativa, porque secuestró la edición y sancionó a la revista con cuatro largos meses de suspensión y una respetable multa.

Entre los trabajos que acompañaban al de Aumente figuraba uno de Pedro Fernández Cocero sobre la figura de Agapito Marazuela. Excelente reportaje-semblanza acerca de un hombre extraordinario, desconocido para muchos de sus paisanos castellanos. El celo represor de la Administración contribuyó a mantenerlo en este desconocimiento, al no permitir la difusión de TRIUNFO.

Por eso ahora Fernando Gomarín Guirado, de la Institución Cultural Cantabria, estudioso

No ha tenido el anciano Marazuela, maestro de la dulzaina y archivo vivo de antiguos cantos castellanos, una vida precisamente tranquila. Fue dura, durísima, para él la posguerra. Por dos veces sufrió cárcel. Primero, dos años. El mismo se presentó y dijo: "He sido de izquierdas y he tenido tal puesto". Tras la primera libertad volvería a ser apresado. Y esta vez por doble tiempo: cuatro años. Marazuela no culpa a nadie.

Culpa a las circunstancias, al "clima que queda detrás de las guerras". A él le quedó el recuerdo de los conciertos que daba a los condenados a muerte, de sus conocimientos en la prisión...

Este trabajo de Cocero es ejemplar de su modo de hacer. Se añan en él el amor al tema escogido; la calidad literaria y la documentación. En la cuidada edición va una viñeta de Alberto Mateos. El autor estima a propósito de este libro que "el maestro debiera gozar de ocasión para revisar y reeditar el 'Cancionero Castellano', que es una pieza cultural". "Es imperdonable —añade— que Agapito sólo tenga un disco grabado en España, habiendo material suficiente para grabar otros cinco o seis de 'larga duración', por lo menos. Muy pronto va a cumplir ochenta y

todavía, en alguna reunión, y casi es emocionante escucharlo". ■ V. M. R.

## CINE

### "Barry Lyndon"

Los comentarios críticos surgidos a raíz del estreno en España de la última película dirigida por Stanley Kubrick suelen coincidir en señalar la increíble belleza de su fotografía, de su planificación, de su reconstrucción histórica, en su intento de emular la pintura del siglo XVIII (Watteau y Hogart, fundamentalmente), y en lo que se refiere al alto costo de esta producción, en comprender cómo de nuevo las grandes productoras cinematográficas se vuelcan al cine superespectacular, considerando que éste tiene unos fabulosos beneficios económicos en la vasta red de distribución mundial que las multinacionales controlan.

Estos dos aspectos claros —Kubrick realiza una reconstrucción histórica puntillista y ejemplar, y ello viene sostenido por un complejo económico que ha analizado previamente el anchísimo margen de beneficios que tal inversión supone— parecen, a juicio de esos comentarios, eliminar otros aspectos de "Barry Lyndon". Como si fuera ésta la única película que parte de una consideración económica del mercado, como si fuera ella sola la que está destinada a enriquecer a sus productores y como si en las demás películas de no importa qué tiempo ni qué país no fueran los productores los que, en definitiva, controlan y crean la obra; si en otros casos estamos dispuestos a aceptar el margen de creatividad del firmante de la película, parece extraño que justamente en una obra como la que nos ocupa —donde ese margen es amplio y evidente— no se quiere considerar tal como es. Mucho más cuando que la preciosista reconstrucción histórica que Kubrick dirige (en compañía de un excelente equipo de profesionales, sobre los que destaca el magnífico director de fotografía,



del folklore y de las tradiciones de Cantabria y Castilla, ha querido editar con la ayuda económica de unos amigos, aquel trabajo de Cocero. Se intenta con ello por un lado dar a conocer la figura de Marazuela, ya cercano a los ochenta y cinco años. Se trata, también, de ayudar al maestro con las posibles ganancias de la edición.

cinco años; la dulzaina continuará, ya que tiene buenos discípulos. Pero sólo sus cuerdas vocales pueden transmitir el canto antiguo segoviano, abulense, etc. Lamentablemente no hay más que un sólo disco. Hay, sí, algunas cintas de muy buena fidelidad que podrían aprovecharse, incluso está dispuesto a grabar uno nuevo. A veces canta